

SALVAJE OESTE



JUAN TALLÓN

Políticos. Empresarios. Periodistas. Banqueros. Poder. Negocios. Placer. Corrupción. *Salvaje oeste* es una obra de ficción. Sus personajes no se parecen a ninguna persona real, viva o muerta, pero su historia es el retrato de toda una época, marcada por el control total que ejercieron sus élites.

Salvaje oeste es una novela sobre la irrupción, el esplendor y la decadencia de una generación de políticos y empresarios que se apropiaron de un país, y de cómo la prensa reaccionó ante el despliegue de semejante poder.

Juan Tallón ha escrito una novela que acaba siendo un paisaje, en cierto modo demoledor, pero también necesario, del poder en todas sus formas, con un innegable talento literario que brilla en cada una de sus páginas y en cada uno de sus personajes.

Índice de contenido

Advertencia

Toma de control

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Control total

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Pérdida de control

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco

Agradecimientos

Sobre el autor

*A mi hija Helena, que nació al mismo tiempo
que esta novela.*

*Mi familiaridad con el poder es triple:
lo he observado, lo he ejercido, lo he sufrido.*

ELIAS CANETTI

ADVERTENCIA

Este libro es una obra de ficción. Nada de lo que narra sucedió en la realidad. Sus personajes no se corresponden con ninguna persona, viva o muerta. Los países en que transcurre tal vez no existan, aunque la época es real.

TOMA DE CONTROL

UNO

El cielo se difuminó hasta volverse hipotético. Iba a llover. César Riezu miró hacia arriba, calculando si las nubes descargarían ahora o dentro de un rato, y le crujió el cuello, que sonó a nuez rota. No le concedió importancia. Simplemente tenía la cabeza grande. La movió varias veces arriba y abajo, a derecha e izquierda, asintiendo a preguntas inexistentes, para asegurarse de que todo estaba bien, en su sitio, enroscado. No podía ocultar que lo atenazaban los nervios, si bien se creía parte de una estirpe de individuos que disfrutaba precisamente con sus nervios, que lo hacían sentirse más vivo que sin ellos.

Se giró para pagar al cielo con su indiferencia, en busca de un hueco plácido entre los invitados que le permitiese generar la ficción de que en medio de tanta gente se encontraba solo en el mundo, solísimo, a semejanza de esos ahogados que el mar arrastra de madrugada a una playa y tardan horas en molestar. En el palco se respiraba una caótica mezcla de perfumes, todos agradables. Su colonia olía a antes de ayer, un aroma hospitalario, pero desgastado. Faltaban veinte minutos para que empezase el partido, y jugar en casa todavía lo ponía más nervioso, es decir, más lúcido, más expectante. Con los dedos pulgar e índice se atusó la ausencia del bigote, que se había afeitado hacía varios años ya. Quizá el bigote hubiese desaparecido, pero su costumbre no, o no del todo. Le gustaba acariciar su falta. Notó la piel escamosa, enrojecida, con ese tono que según su mujer recordaba a un ladrillo viejo. Después se subió las gafas, que se le habían escurrido

hasta la punta de la nariz, donde le pesaban como un diccionario de sinónimos y antónimos. Bajo la potente, demasiado blanca luz de los focos, su cabello negrísimo brilló de un extraño modo, que delataba que se teñía.

En aquella gran sala flotaba un apasionado desinterés por el fútbol. A veces parecía que los invitados acudían al estadio para no tener que asistir al partido. A él no le parecía mal. Era menos un hombre de fútbol que de negocios, aunque hacía tiempo que había visto –quizá antes que nadie– que el fútbol facilitaba el seguir haciendo negocios. Había en todo ello una lógica retorcida, que recordaba a la de aquel señor francés que aborrecía tanto la Torre Eiffel que muchos días se iba a comer debajo de ella, para no verla.

Alguien rompió a reír con fuerza, con un estilo que escapaba a su cuerpo, indomable, y pisoteaba a la gente más próxima. Era la clase de risa que estalla antes de que uno acabe de decir algo gracioso, como si lo adivinase. No eran carcajadas contagiosas, sino crueles, que ofrecían pistas de algo menos gracioso que terrible. Imposible no sobrecogerse. Su sonoridad empujaba el aire hacia las paredes, y lo peor era que aquel hombre alto, grueso, sin llegar a gordo, reía y reía, al principio porque algo con gracia lo empujó y después porque la risa misma le despertaba nuevas risas, que convocaban a otras distintas. Riezu se preguntó si alguna vez había visto, y escuchado, a alguien reír durante tanto tiempo, con aquel desgarró, en toda su vida. Probablemente, no. No quiso volverse por discreción y porque no deseaba llevarse un chasco si era alguien a quien respetaba.

Buscó el teléfono, por si hubiese alguna llamada o mensaje. Se palpó los bolsillos de la chaqueta y después los del pantalón, y otra vez los de la chaqueta antes de dar con él. Vio que tenía un mensaje del nuevo presidente del Banco del Norte, Pep Batlles i Pla. «Me apuesto el cojón derecho a que Héctor Niza será ministro de Economía.

Nos vamos a forrar. A forrar más, quiero decir». Sonrió a oscuras, sin sonreír.

Sobre su mente siempre había nubes apostadas, que empujaban alguno de sus negocios en marcha. Esta vez se trataba del concurso para construir en Riad el edificio más alto del mundo y emplazar en él uno de sus hoteles. En cuestión de semanas, quizá días, debía decidirse a qué consorcio de empresas encargaba el proyecto Arabia Saudí. Él tenía fuertes intereses en uno de ellos. Había muchos millones de euros en juego. Si se hacían con esa concesión, sería una de esas operaciones que se sellaban solo una o dos veces en la vida. Y quisiese o no, incluso cuando no pensaba en ello, últimamente ese asunto estaba siempre ahí. Ser millonario obligaba a uno a una ansiedad perpetua. No podías ser millonario sin más, tenías que ser continuamente más millonario y hallar nuevos nichos para expandirse, y para eso había que convencer a alguien de que hiciese algo de lo que no estaba convencido del todo. Pasaba sus peores días doblegando resistencias. Atrás habían quedado los tiempos en que uno se hacía rico con esmero, despacio, tras un largo aprendizaje; ahora se planteaba en términos de una lucha sin cuartel. No podías detenerte a pensar que eras rico porque perdías dinero, que inexorablemente iba a parar a otro, más pragmático, que no pensaba, solo actuaba.

La responsable de protocolo del club se acercó a comunicarle algo al oído y él escenificó un árido gesto en el aire para que lo dejase en paz con ese asunto. De nuevo dio algunos pasos hasta la cristalera para contemplar las gradas. Estaban llenas de gorros y guantes, y, al expulsar el aire, a los aficionados se les veía el aliento. Ese día el frío era romo. Pese a que se encontraba en la sala vip y allí hacía calor, Riezu se frotó las manos para inventar el fuego. Sus manos eran pequeñas y sus dedos gruesos incorpaban la acción más banal, como tomar unas tijeras o marcar un número de teléfono, pero había aprendido a

convivir con sus defectos. Cuando podía, las guardaba en los bolsillos, para que no le pesasen. En el bolsillo derecho tocó la medalla de oro de la Virgen de los Milagros. La agarró con fuerza y le pidió ayuda. Después de todo, el fútbol constituía un asunto demasiado complejo.

Percibió que el pantalón le apretaba la barriga. Había vuelto a engordar, pese al régimen. Un número considerable de dietas para adelgazar conducían al aumento de peso. Él era testigo. Se trataba de una constante en su vida: engordar como efecto de pretender adelgazar. Se sintió incómodo, pesado, extranjero en su interior. En la última semana había dormido poco, pero mal. Un presentimiento lo molestaba del mismo modo que a veces unas sábanas arrugadas no te dejan conciliar el sueño, o unos ronquidos en la habitación de al lado te mantienen en vilo.

Buscó al presidente del Arsenal. El veterano Chamberlain era una institución, empezando por su nombre, que desprendía la ambición que solo poseen algunos nombres de transbordadores espaciales o de caballos de carreras, a los que sus propietarios llaman Blackbeard, Jack Hobbs, Big Soldier, Storm of Stars, o John F. Kennedy. Lo encontró sosteniendo una copa de champán vacía, que dejó que Riezu chocase con la suya. Sonó a brindis tristísimo. La imagen de una copa vacía solo resultaba un poco menos desoladora que un parque para niños de cemento.

En el almuerzo habían quedado flecos sueltos y pretendió recuperarlos. Se limpió las gafas con la corbata, satinada y un poco pasada de moda, su preferida, y lo abordó.

—Creo que podríamos mejorar nuestra oferta por Beaumont. —El presidente del Madrid se esforzó por que la frase no pareciese una propuesta, sino un rodeo. Había que ser empresario desde niño, y que antes lo hubiesen sido los padres de uno y los abuelos, y tal vez también los bisabuelos, para no decir las cosas que se decían. Pero Chamberlain conocía el oficio lo bastante y sabía que Rie-

zu era un hombre de negocios ancestral, un pez gordo, un tiburón, en definitiva, y que cuando bromeaba no hablaba sino en serio. El inglés se hizo el idiota con sutil estilo.

—¿Quieres comprarlo ahora, antes de que empiece el partido? —Consultó el reloj, para fortalecer la construcción de la idiotez.

Riezu inclinó la cabeza sin afán. El humor no era uno de sus hobbies. Se transparentó demasiado que por dentro pensaba que Chamberlain era un viejo zorro hijo de puta. No abundaban en el fútbol moderno. Eso lo respetaba más que el humorismo. Había muchos hijos de puta, sí, pero no viejos zorros hijos de puta. La diferencia era de tipo técnico y a la postre abismal. Había que ser a su vez otro buen hijo de puta para apreciarla. Aquella pregunta, que parecía hecha por un niño de once años, era un «no» británico, de breve y elegantísima ejecución. Chamberlain preguntó de nuevo y la pregunta sonó a jaque:

—¿Y para qué queréis a Beaumont? Ya tenéis a Strogoff. —Y al pronunciar «Strogoff» bebió de su copa de champán vacía. Fue otra demostración de elegancia, incluso de humor también británico, que Riezu asoció con un signo de la edad.

—Todo equipo es siempre una historia sin acabar. Está construyéndose permanentemente. Tal vez Beaumont nos ayudase algún día a cerrar el círculo. ¿No te parece?

Al presidente del Arsenal, a la luz de su reacción, fría, no le parecía nada. Sabía cuándo no convenía tener demasiada opinión de las cosas. Clavó los ojos en el interior de Riezu, preguntándose si ahora el presidente del Madrid era filósofo.

—Mi padre y mi abuelo, que también presidieron el club, decían que, si no actuabas con demasiada ambición, vivías más años; yo me mantengo en esa tradición. — Chamberlain buscó con la vista a alguien que pudiese rellenarle la copa, que vacía durante demasiado tiempo comenzaba a perder gracia.

Riezu trató de calcular cuántos títulos había obtenido el Arsenal con esa filosofía y le salieron pocos. También intentó determinar, improvisando, cuál era el precio de Beaumont, para hacer una oferta que impidiese a Chamberlain seguir apaciblemente el partido, pero sabía cuándo alguien no se encontraba receptivo; desistió.

—El mundo ha cambiado tanto, Chamberlain, que el fútbol ya ni siquiera es fútbol, como ocurría en los buenos tiempos; ahora solo son negocios, y en los negocios, si no tienes una gran ambición, te mueres antes incluso de hacerse joven. Mi temor es que también llegue el día en que los negocios tampoco sean negocios.

Chamberlain se quedó pensando en esa frase, que le recordó a un viejo guion de Hollywood. A su lado al fin pasó un camarero con una bandeja de bebidas. Renovó la suya y luego descansó una mano sobre el hombro del presidente del Madrid, paternalista.

—Hablemos en el segundo tiempo. Si el mundo cambia tan rápido como aseguras, quizá para entonces ya no tengas interés en comprar a Beaumont. Tal vez incluso quieras venderme a Strogoff.

Pero César Riezu perdió de golpe todo interés en Chamberlain y quizá también en Beaumont. Acababa de llegar el nuevo presidente del Gobierno. El Congreso había designado esa mañana a Javier Alvarillos por mayoría absoluta. Su rostro alargado, con forma de cabeza de caballo, y tenso, recién afeitado, casi rosa, dobló un vano intento de sonreír ante Riezu. Tal vez quiso, pero no supo. En solo media mañana su figura se había mimetizado con el cargo y cualquier aspecto gris del pasado se confundía ahora con un porte brillante, engañosamente esbelto. De pronto lo movía su fachada de líder osado, maquiavélico e ininteligible.

—Ya caminas como un presidente del Gobierno —dijo Riezu al tenerlo ante sí y verse oscurecido, menos por su envergadura que por la precisión con que todo encajaba: